

6ª SESION EXTRAORDINARIA DEL 4 DE ENERO DE 1891

PRESIDENCIA DEL DOCTOR BENJAMÍN ZORRILLA

SUMARIO—Orden del día—Continúa la consideración del despacho de las comisiones de presupuesto y de hacienda en los proyectos de impuestos del poder ejecutivo. (Se aprueba el proyecto imponiendo derechos á la exportación.)

PRESENTES

—
Alvarez Prado
Alba Carreras
Arias (J. I.)
Aguirre Silva
Balestra
Barraza
Beracochea
Bruchmann
Campillo
Castaño
Cáceres (A.)
Castro
Centeno
Crespo
Dominguez (C.)
Espinosa
Gallo
García
Gilbert
Giménez Beltrán
Goday
Gonnet (L. M.)
González
Lagos (O.)
Lagos (H.)
Lalanne
Lársen del Castaño
Leiva
López
Magnasco
Malbrán
Mallea
Marsilla
Merdoza

En la capital de la república, á 4 de enero de 1891, reunidos en su sala ordinaria de sesiones los señores diputados anotados al margen, y con la presencia del señor ministro de hacienda, doctor don Vicente Fidel López, dice el

Sr. Presidente—

Queda abierta la sesión.

Continúa la discusión pendiente.

Tiene la palabra el señor ministro.

Sr. Ministro de hacienda—Señor presidente: voy á ser muy breve, no solamente porque es necesario aprovechar el tiempo por el que la cámara ha sido convocada, sino porque sería de mi parte una pretensión un poco aventurada tratar de rivalizar con el luminoso informe y los elocuentes datos que ha presentado el señor miembro informante de la comisión.

En la discusión sobre números que ha originado el informe á que aludo, ha estado más cerca de la verdad el señor diputado por Entre-Ríos que el se-

Molina
Novaro
Olmedo
Padilla (M)
Padilla (V.)
Parera
Pelligrini
Rodríguez
Robert
Rueda
Torres (Guill.)
Varela Ortiz
Zorrilla

AUSENTES

con licencia

Vázquez

Con aviso

Dantas
Giménez
Maciá
Posse
Quesada
Tapia
Iriondo

Sin aviso

Albarracín
Arias (F.)
Basualdo
Bosch
Cantón
Castillo
Ceballos

ñor diputado por la capital. Y llevado por un instinto verdaderamente patriótico y juvenil, el señor diputado por Entre-Ríos ha tocado la verdadera cuestión, á saber: la de los recursos con que vamos á hacer frente á las necesidades que nos vienen en razón de la deuda y de las obligaciones que tiene la nación.

Por consiguiente, yo me voy á limitar á una exposición de números, que demostrará al señor diputado por la capital que no tiene absolutamente la menor razón para haber establecido arbitrariamente las proporciones de impuestos y de excedentes á que imaginariamente se ha entregado.

El plan de finanzas que el poder ejecutivo ha presentado al honorable congreso á fines de las sesiones anteriores, es un plan completo.

Y el señor diputado por la capital ha tomado aquella parte que se refiere única y exclusivamente á los impuestos, á los recursos

Dominguez (J. A.) ordinarios, sin tomar en
Echenique cuenta factores que era ne-
Gonnet (M. B.) cesario que hubiera intro-
Herrera ducido: el servicio del nue-
Meyer vro empréstito y de las
Obejero otras erogaciones que te-
Obligado nemos que hacer en el pre-
Olmos supuesto.

Panelo La demostración va á
Paz ser tan palmaria, que es-
Ramos Mejía pero que la cámara no in-
Ruiz sistirá absolutamente en
Sarmiento mayores datos que los que
Tejerina le voy á suministrar.

Torres (Greg.) Así por ejemplo, tenemos
Videla —y pido toda su atención
Victorica al señor diputado:

Villanueva
Zapata

SERVICIOS

Presupuesto, 37.252.000 pesos moneda nacional.

Este presupuesto se atiende con los siguientes recursos:

ENTRADAS

Ordinarias, 9.942.000 pesos moneda nacional.

Extraordinarias, 8.307.000 pesos moneda nacional.

Y llamo extraordinarias la contribución directa, las patentes, los dividendos de acciones del Banco Nacional, el 6 por ciento sobre las del ferro-carril Central Argentino, los intereses, los impuestos y los eventuales.

Se toma de las entradas á oro, 4.651,000 pesos que, calculados á dos por uno, hacen 9.303,000.

Y entonces tenemos que, por los nuevos impuestos, el servicio será de pesos 27 millones 949,000, y que, con los datos que acabo de dar, se eleva á 37,352,000 pesos.

El servicio de los empréstitos á oro de 1886 y el actual es de 3.750,000 pesos, que no ha tomado en cuenta el señor diputado.

Entradas á oro

Aduanas	\$ 22.120.000
Exportación.....	» 2.950.000
Entradas extraordinarias que antes he referido....	» 600.000
Impuestos á sociedades a- nónimas, etc.....	» 400.000
Total.....	\$ 26.070.000

A deducir de estos 26.070,000 pesos el servicio de 3.750,000 del empréstito de 1886 y del empréstito actual,—lo que hace un total de 22.320,000 pesos.

Hay que deducir también, para integrar el presupuesto ordinario, 4.651,000 pesos, lo que da, en oro, 17.669,000 pesos.

No tomó en cuenta tampoco el señor diputado por la capital la circunstancia de que, por la ley creando la caja de conversión, y también por las condiciones en que se ha hecho el nuevo empréstito, hay que quemar nada menos que 15.000,000 de pesos papel cada año.

Por consiguiente, la quema de 15.000,000, calculándolos á dos por uno, da en el año 7.500,000 pesos.

Hay un sobrante, á oro, de 10.169,000 pesos en cada año.

Pero de este sobrante hay que quitar: Puerto Madero, 600,000; ferro-carril Central Norte y prolongación, 900,000 pesos oro.

De modo que el sobrante del primer año es única y exclusivamente de 8.669,000 pesos.

Así, pues, el primer año de los tres que va á durar el empréstito, el sobrante será de 8.669,000 pesos; el segundo año, de 7.469,000; el tercero, de 6.269,000 pesos.

Total 22.407,000 pesos en los tres años.

Pero el señor diputado por la capital no ha tomado en cuenta otra cosa.

Dentro de cuatro años, es

decir, concluido el ter- cer año de las morato- rias, la nación tendrá que hacer el servicio de los empréstitos anterio- res, lo que importará, en ese cuarto año.....	\$ 17.052.827
El nuevo empréstito exigirá además.....	» 4.200.000
El servicio del empréstito de 15.000,000, obligacio- nes de ferro-carriles, etc.	» 900.000
El puerto Madero.....	» 600.000
Servicios.....	\$ 22.752.827

De modo que aquello será lo que tendremos el cuarto año, para hacer frente á las obligaciones y erogaciones que vendrán después de pasados los tres años.

El señor presidente verá cuan lejos estamos de los 60 millones de que hablaba el señor diputado, y que nos presentaba como un gran excedente con el cual nos íbamos á encontrar delante de un porvenir risueño!

Lejos de eso: el cuarto año no tendremos más que el sobrante necesario para pagar el servicio de las deudas que habremos contraído.

Esto es, en resumen, todo lo que hay que decir relativamente á cifras.

Y como el discurso del señor diputado no ha tenido ningún otro valor que el relativo

á cifras, con lo manifestado es suficiente para rebatirle.

Ahora, en cuanto á los datos estadísticos que ha presentado, diré que eso no es del caso; que cualquiera que sea el número de habitantes que tenga la república y la importancia de las erogaciones que haya que hacer, no es esa la cuestión; porque, en realidad, no es la cuestión ahora saber si ha de ser catorce ó veinticuatro pesos los que se ha de pagar por habitante.

La cuestión única es que este es el total que tenemos que pagar, y que, por consiguiente, en los cuatro años—después de haber tenido la moratoria de los tres años del empréstito—tendremos nada más que la cantidad necesaria para hacer frente á las obligaciones de ese año.

Si el señor diputado desea, puede tener á la vista los datos que poseo.

He dicho.

Sr. Molina—Mil gracias.

Pido la palabra.

Me extraña mucho la afirmación del señor ministro respecto á la arbitrariedad de los datos que yo haya podido recoger, cuando ellos me han sido suministrados por el señor miembro informante de la comisión.

Y como he dado las cifras teniendo á la vista esa planilla, insisto por consiguiente en ellas; tanto más cuanto que el señor miembro informante nos ha dicho que esa planilla sería ratificada por el señor ministro de hacienda.

Es cierto que yo no puedo tomar en consideración los datos de un empréstito que no ha sido sometido á la cámara y que no sé si el congreso lo aprobará ó no en la cláusula que manda retirar los 15 millones anuales, como asimismo en las demás cláusulas, porque ese es un mero proyecto, que no forma parte aún de la legislación del país.

Pero suponiendo que fuera necesario retirar esos 15.000.000 de papel, es decir, que el empréstito en todos sus detalles fuera ley de la nación, aún así sostengo la exactitud de mis cifras, porque el señor ministro no ha tomado en consideración que entre los 37.000.000 que forman el presupuesto ordinario de gastos, y los 60.000.000 á que asciende el cálculo de recursos, también para el año 1891, hay una diferencia más que suficiente para atender á la quema de esos billetes.

De manera, pues, que para no cansar la atención de la cámara, y remitiéndome á los cálculos que hice ayer, y que, á mi juicio, quedan en pie, termino aquí.

Sr. Beracochea—Pido la palabra.

Los cálculos del señor ministro de hacienda y las cifras que acaba de leer son

los mismos que había adelantado á la consideración de la cámara, en el informe que tuve el honor de producir.

Una diferencia hay, sin embargo, en este cálculo, que no altera los datos que se han dado: que el señor ministro, en los que acaba de leer, incluye dos partidas que no se habían incluido en manera alguna en esos datos y, que son las que se refieren á la quema de 15.000.000 y á las obligaciones emergentes del empréstito que va á hacerse y que, si bien no se ha sometido á la cámara, como deberá serlo próximamente, es del dominio público y ha sido también materia de debate en la sesión anterior.

Es cuanto tengo que decir.

Sr. Molina—Pido la palabra.

Me olvidaba hacer constar que ese cálculo, respecto al empréstito, ha sido hecho por mí en la sesión anterior. Lo he apreciado precisamente en 4.000.000 de pesos, como puede verse leyendo la versión taquigráfica.

Sr. Presidente—Si no se pide la palabra, se votará.

Se votará en general, y en particular, después, cada uno de los proyectos, puesto que no hay un despacho de la comisión que los absorba á todos.

—Se vota en general el proyecto de ley sobre impuestos á la exportación, y se aprueba.

—En discusión en particular el artículo 1º de ese proyecto.

Sr. Magnasco—Pido la palabra.

Con arreglo á las ideas generales expuestas en las palabras que pronuncié ayer, y de que creo que se ha dado cuenta suficientemente la honorable cámara, me parece que no hay una proporcionalidad exacta entre esta imposición y las demás contribuciones establecidas en los diversos proyectos presentados por el poder ejecutivo; me parece que no se cumple la proporcionalidad general establecida por nuestra ley fundamental. Me refiero al caso extraordinario del presente, al caso doloroso de actualidad.

He dicho, abstracción hecha de otras deficiencias y de complicaciones generales, esto es, de influencias naturales que van á tener, sin duda alguna, los hombres, los hombres de este tiempo, señor presidente, las cosas y los acontecimientos, y, sobre todo, los acontecimientos que ya llegan; abstracción hecha de todo eso que va á tener cierta influencia, sobre los efectos del plan, no hay una igualdad proporcional.

Se dice que se va á reducir, *verbi gracia*, en un cinco, en un diez y hasta en un veinte por ciento el sueldo de los empleados de la

administración; se grava con un cinco, con un diez, con un quince por ciento ciertas materias de fabricación nacional; se hace pagar cinco, diez, quince, veinte por ciento por otras, lo que bien puede importar mucho más de un quince, de un veinte por ciento, en conjunto. ¿Por qué razón, entonces, señor, estando concentradas las principales fortunas en manos de ganaderos, solo se les ha de imponer el cuatro por ciento?

¿No he dicho, acaso, y no lo sabemos todos, que esta es una época de sacrificios? ¿No he probado, acaso, con datos, los mismos que ha presentado el señor ministro, los mismos que ha presentado el señor miembro informante de la comisión, que los catorce millones, según los cálculos que he hecho, que los diez y ocho millones, según los cálculos del poder ejecutivo y según los del miembro informante, son insuficientes y van á ser reducidos?

Es claro, pues, que es menester imponer más á la exportación.

Se me dirá que esto es doloroso, que esto es muy oneroso. Pero ¿acaso no vamos á entrar todos en una época de sacrificios? ¿El poder ejecutivo mismo no ha expuesto eso en su mensaje? ¿Por qué entonces este desequilibrio, señor presidente?

Yo quiero, en defensa de todos, en defensa del desheredado, que lleva el peor lado, en presencia de todos aquellos á quienes se va á reducir el sueldo más de lo que se va á gravar la exportación, y en presencia, sobre todo, del principio constitucional y del principio de derecho natural de la igualdad de los impuestos, yo quiero, digo, proponer á mis honorables colegas que me acompañen á votar el cinco por ciento á la exportación.

Propongo una modificación en ese sentido.

Sr. Mallea—Pido la palabra.

Es de felicitarse que en la situación difícil de la comisión, sosteniendo una tesis tan antipática para el público, haya diputados que no solo aceptan lo que la comisión aconseja á la cámara que sancione, para salvar al país de las dificultades financieras que lo aquejan, sino que proponen un aumento sobre los impuestos.

Yo debo manifestar á la cámara que no acepto la proposición del señor diputado, porque la creo innecesaria.

Después del estudio detenido que se ha hecho de todo el plan propuesto por el poder ejecutivo, la comisión ha creído conveniente moderar el impuesto relativo á la exportación, porque cree que no es necesario imponer mayor sacrificio al productor del país, no obstante lo difícil de las circunstancias por que atraviesa.

Por consiguiente, la comisión no acepta el aumento propuesto.

Sr. Magnasco—Es la opinión primitiva del poder ejecutivo la que estoy sosteniendo yo.

El cinco por ciento venía en el proyecto originario.

Sr. Gilbert—Pido la palabra.

Yo he sido, señor presidente, uno de los miembros de la comisión que han combatiendo el proyecto del poder ejecutivo en cuanto á la cantidad que establecía como derecho á la exportación de los productos de la ganadería; y debido á los estudios más detenidos que se llevaron á la comisión, el señor ministro accedió á que se rebajase uno por ciento.

La comisión no ha aceptado la imposición de estos derechos sino como un sacrificio que las circunstancias exigían á los poderes públicos y á los habitantes de la república.

Pero, como antes ha dicho el señor miembro informante, es necesario restringir este sacrificio tanto cuanto sea posible, de manera á llenar la medida indispensable para normalizar la situación financiera y económica del país.

Saben los señores diputados cuanta resistencia tiene en nuestro país, y en todas partes, la imposición á las elaboraciones nacionales.

Saben que es el último recurso que se toca para afrontar y salvar las situaciones difíciles. Por consecuencia, si es cierto que se puede votar un aumento en el impuesto, no debe olvidarse que tenemos que ser prudentes con esta industria, que siempre hemos mirado más con un espíritu de protección que con un espíritu de imposición.

Y ello se explica, porque si bien es cierto que esta industria forma el capital principal de la república, también es cierto que necesita evolucionar, y evolucionar en el sentido de su mejoramiento, para favorecer la producción y los intereses nacionales.

Más: hasta como medida de seguridad es bueno protegerla. Es una de las industrias establecidas y permanentes; no es de aquellas industrias accidentales que se vienen á ensayar, que son establecidas con capitales de sociedades anónimas, y cuya continuación ó desaparición depende de la voluntad de grupos más ó menos numerosos. Es la industria madre de nuestro país, la industria tradicional, que representa el capital nacional, diré así, y que la tenemos dentro de la casa. Lo cual no quiere decir, por cierto, que tenga derecho á vivir libre de impuestos, ni ha de pretenderlo, siquiera, porque los habitantes de la república jamás han es-

quivado su concurso, y aun sus sacrificios, en pro del sostenimiento de la nacionalidad y de los poderes públicos legalmente constituidos.

Debemos, sí, ser parcos en la imposición de estos derechos, yendo solamente hasta donde la necesidad lo exija.

Como he dicho, la comisión, estudiando el plan financiero del señor ministro de hacienda, juzgó que con un cuatro por ciento era bastante, y redujo de uno por ciento el primitivo proyecto.

Además, señor, si hemos de entrar á establecer derechos de exportación á la producción nacional, aun con la limitación que, lo saben los señores diputados, tiene este impuesto, debemos ponernos en el caso de conservarlo el menor tiempo posible, porque esta industria produce siempre beneficios para el erario público y para el progreso general.

Por estas consideraciones, adhiero á la oposición del señor miembro informante de la comisión, que me ha precedido en el uso de la palabra, y voy á votar en contra del aumento propuesto por el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Mallea—Pido la palabra.

La comisión retira la frase «y demás productos animales», y pide permiso á la cámara para darla por retirada.

Sr. Castro—¿De qué se trata?

Sr. Presidente—De retirar las palabras finales: «y demás productos animales».

Sr. Mallea—La razón porque las retiro es que las carnes conservadas, que estarían comprendidas en la frase, han sido exceptuadas de impuesto durante diez años.

Así es que se hace necesario retirar dicha cláusula.

—Se vota si se permite á la cámara retirar las palabras «y demás productos animales», y resulta afirmativa.

—En seguida se aprueba el artículo 1º, con la anterior supresión.

—En discusión el artículo 2º.

Sr. Centeno—Pido la palabra.

Señor presidente: voy á proponer á la cámara la inclusión en este proyecto de una cláusula gravando con un peso por cabeza la exportación de ganado en pie.

Me fundo para proponerla en las razones generales que á la cámara habrá podido sugerir la lectura de las últimas publicaciones de la prensa diaria.

De ellas resulta que la industria de saladeros está amenazada de muerte, á consecuencia de los gravámenes que se trata de

imponer á los frutos del país, por la ley que la cámara en este instante discute.

En efecto, señor presidente; estos gravámenes importan un sacrificio impuesto al capital, y la necesidad por parte de los saladeristas de buscar otros centros donde sus productos estén menos gravados.

De aquí mismo resulta seguro el hecho de que los saladeristas de la República Oriental serán los faenadores del ganado vacuno argentino.

Están interesadas en la medida que propongo no solo las provincias de Entreríos y de Santa Fe, sino también la de Corrientes, á las márgenes de cuyos ríos se levantan una gran cantidad de saladeros y de graserías que quedarían paralizados, sin trabajo de ninguna especie, porque frente á frente, en la costa oriental, tienen la competencia de los saladeros uruguayos, que absorberían fácilmente el ganado vacuno argentino, por la ventaja que gozan de no tener gravados los productos de sus faenas.

El medio de evitar ese considerable daño á que está hoy expuesta nuestra industria saladeril,—y ese medio ha sido indicado da una manera muy sensata y prudente,—sería gravar el ganado que se exporte del país con un impuesto de un peso por cabeza.

No voy á dedicarme, señor presidente, á entrar en grandes demostraciones al respecto. Recordaré solamente que hay saladeros argentinos que faenan de 130 á 140,000 cabezas. Esto es en la provincia de Santa Fe. En la de Entreríos, los señores diputados que la representan pueden traer los datos ilustrativos al respecto.

Indudablemente, señor, con el gravamen que van á sufrir los productos vacunos á consecuencia de la ley que discutimos, los ganados argentinos van á pasar á ser faenados en la República Oriental, y este es el peligro que debemos apresurarnos á conjurar, en bien de nuestra magna industria saladeril.

Existe una ley que ha hecho peso en el ánimo de la comisión y ha llegado hasta dividir la opinión de sus miembros.

Es una ley que se dictó con motivo de un asunto incidental.

Se trataba de exceptuar, por el término de diez años, á las carnes conservadas por el sistema frigorífico, de toda clase de impuestos. Una casa se había presentado solicitando esta liberalidad del congreso nacional.

La cámara resolvió que no debía expresarse en el caso particular, y decidió que eso fuera materia de una ley general, la cual abrazaría en sus beneficios á todas las em-

presas que se dedicaran á esta clase de industrias.

Entonces algún señor diputado observó que esa liberalidad que se trataba de acordar en favor de las carnes conservadas debía hacerse extensiva al ganado en pie.

Pienso que las dificultades con que ha tropezado la comisión en los primeros momentos son dificultades fáciles de salvar.

No es precisamente una ley-contrato que nosotros iríamos á romper, declarando la derogatoria de la ley que daba diez años de término para la excepción, porque, en realidad, es una disposición general que la cámara en cualquier momento puede derogar por otra disposición.

Y sino, señor presidente, si las leyes que acuerdan liberalidades á ciertos gremios, á ciertas industrias del país, pudieran considerarse como leyes-contrato, resultaría que estaríamos inhabilitados para volver sobre nuestros pasos en esas liberalidades.

Acabamos, hace un instante, de decretar que vuelvan á regir los derechos á la exportación de los productos de la República, y, sin embargo, hace algunos años que decretamos que esos derechos de exportación serían abolidos.

No es, entonces, una ley-contrato que haya emanado de la voluntad de las partes; es sencillamente una liberalidad sobre la cual la cámara puede volver en un momento dado, y establecer el restablecimiento de esos derechos, ó mejor dicho, en este caso, la derogación de la ley que establecía el término de diez años.

No veo dificultades á este respecto, y la cámara podría expedirse en el sentido que he indicado. Sería benéfico para los intereses generales de la República, y no haríamos violencias de ninguna especie con la derogatoria de esa ley.

He terminado.

Sr. Magnasco—Pido la palabra.

El señor diputado por Santa Fe se ha anticipado, precisamente, á hacer la moción que yo iba á hacer en defensa de los intereses de la provincia á que tengo el honor de representar.

Pero una vez que he escuchado sus ideas, he notado que á mi espíritu repugna la forma en que se hace la proposición ante la cámara.

Es de todo punto evidente que este proyecto de ley sobre la exportación contiene una injusticia irritante, porque se deja libre de este cuatro por ciento de derecho á la exportación de ganado en pie, mientras que á los demás productos se les impone. En la provincia de Entre-Ríos, y en Corrientes y en Santa Fe, según

la afirmación del señor diputado de esta última provincia, nueve ó diez saladeros de importancia, y tres ó cuatro de segundo orden.

Han faenado en estos últimos años, según los cálculos que he hecho con datos que me han sido remitidos por las direcciones de esos establecimientos y según cálculos aproximados de otros puntos, cerca de 400,000 animales,—exceptuado el yeguarizo.

De manera, pues, que resultaría notoriamente perjudicada la industria saladeril, en la provincia de Entre-Ríos. Ella, por falta de materia, tendría forzosamente que liquidar.

Entonces, es indispensable igualar las cargas públicas; es indispensable que el derecho á la exportación también recaiga sobre el ganado en pie.

Pero, ¿hay dificultades para ello?

El señor diputado por Santa Fe las ha hecho presente; una de ellas existe en la ley de 1883, en que se libra de derecho la exportación de ganado en pie durante diez años.

¿Es esta ó nó una ley-contrato? Es este un acto legislativo en el cual se obliga el gobierno de la nación y se obliga alguna otra parte? ¿Hay convenio, hay acuerdo mutuo de voluntades? ¿Es menester respetar los términos de la ley en lo que se refiere á los derechos que pudieran haber adquirido los terceros?

Yo estoy, señor presidente, porque no es una ley-contrato: es una ley-promesa.

Pueden los particulares, puede cualquier habitante de la República ampararse de los beneficios de esa ley; pero ellos sólo serían respetados en sus derechos en cuanto los tuvieran adquiridos, pero no podrían ampararse de los beneficios de esa ley aquéllos que no han fundado todavía empresas en el país.

Es por esta razón que creo que podría derogarse esa ley en esta forma, en que creo que la ha de aceptar el señor diputado por Santa Fé...

Pero, ántes de proponer la forma, voy á hacer presente otra dificultad, porque voy á unir las dos para que resulte mejor esa forma.

Noto que las provincias de Cuyo van á ver perjudicadas, evidentemente perjudicadas.

Ellas exportan su ganado ultra-cordillera; y si nosotros gravamos la exportación del ganado en pie, va á resultar que no habrá en el impuesto la igualdad y la proporción que debe existir.

Entonces, voy á proponer esta forma

para salvar los derechos adquiridos por la ley promesa de 1883, y para salvar los derechos de las provincias perjudicadas: «Que- da igualmente gravada con el derecho de cuatro por ciento la exportación del ganado en pie, con excepción del que se envíe cabos afuera y ultra-cordillera.»

Espero que el señor diputado por Santa Fé aceptará esta forma.

Sr. Ministro de hacienda—Pido la palabra.

En efecto, este es un punto de la mayor importancia, y creo que la cámara debiera ponerse en una escala equitativa respecto de esta exportación.

Entre nosotros hay dos clases de exportación de ganado en pie.

El que se hace de las provincias litorales al Estado Oriental y al Brasil, dirémos así, es de una forma primitiva, en la que no hay absolutamente ningún elemento industrial que traiga un gasto nuevo al exportador ó al productor.

Pero es que en las provincias de Cuyo la exportación de los ganados toma una forma industrial.

Allí se necesita, no sólo comprar el ganado á otras provincias y traerlo de ellas, sino también engordarlo en prados industriales; de manera que es una combinación de la exportación con la industria agrícola.

Naturalmente, este elemento nuevo que entra en la exportación del ganado por las provincias andinas, merece que la cámara lo atienda, y á mí me parece que esta exportación debe ponerse en las mismas condiciones en que se pone la exportación de cabos afuera, en la que hay también un elemento industrial que la cámara ha tenido en vista cuando ha exceptuado á esa exportación del ganado de los impuestos que tienen las otros.

En las provincias interiores y en las provincias litorales, conviene el impuesto; y los mismos productores están de acuerdo con él, en razón de que favorece á las industrias de elaboración de carne de tasajo y lo demás que sesaca de los productos del animal.

Por consiguiente, para que el animal en pie no salga á beneficiar industrias extrañas, conviene retenerlo. Así es que el impuesto aquí se combina con el interés del estado y con el de los productores.

Me parece que la cámara podría tomar esta escala equitativa y exceptuar del impuesto á los ganados exportados ultra-cordilleras como á los que se exporta ultra-cabos, y ponerlo solo á los que pasen de las provincias litorales á los límites del Brasil y del Estado Oriental.

He dicho.

Sr. Molina—Pido la palabra.

No alcanzo bien lo que se propone el señor diputado autor de la moción, al pedir que se grave la exportación del ganado en pie.

Se dirá que predomina en estos momentos una tendencia á encerrar nuestros productos dentro del país, y no sé si para conservarlos ó para qué! pero, indudablemente, siguiendo las corrientes contrarias á las que siguen todas las naciones, que buscan siempre abrir nuevos mercados á sus productos.

Nosotros procedemos al revés; queremos hacer imposible ó difícil, por lo menos, la exportación de animales en pie.

Decimos que las leyes que ha dictado el congreso estableciendo tales ó cuales exoneraciones, por diez años, son leyes promesa.

Pero, yo pregunto: si la nación respeta así sus promesas ¿qué valen las palabras de la nación?

Es preciso que la cámara proceda seriamente en esta materia. Una vez que hay la fe pública empeñada, es preciso respetarla.

Sr. Magnasco—No hay fe pública empeñada.

Hay diferencia, entre contrato y promesa. La una es de derecho positivo y la otra es de derecho natural.

Sr. Molina—La diferencia que hay entre una y otra, consiste en que el contrato obliga jurídicamente y la promesa obliga moralmente. Y para una nación de honor, como para los hombres de honor, tanto vale un contrato con efectos jurídicos, como una promesa con efectos morales. (*Aplausos.*)

Sr. Magnasco—El señor diputado olvida que estamos en una situación completamente dolorosa y anormal: que todos nos estamos imponiendo sacrificios.

Sr. Molina—El señor ministro y la comisión acaban de rehusar el aumento de los derechos de exportación, porque dicen que no es necesario; y, entonces, no es necesario tampoco estar esforzándose en imaginar impuestos arruinando las fuentes más vivas de producción y la única riqueza positiva que tiene el país, procediendo en esto á revés de como se procede en todas partes: porque es sabido que cuanto más premiosas son las circunstancias y cuanto más grave es una crisis, mayores son las consideraciones que se debe tener con los contribuyentes.

Es lo mismo que lo que hacen los acreedores extranjeros con la República: buscan facilitarle la vida, en lugar de cegar una vez por todas sus fuentes de producción.

La distinción entre la exportación de ganado á Chile y la exportación á la República Oriental, es una distinción que no autoriza la constitución. No puede sostenerse este derecho diferencial para la producción de Entre-Ríos, y otros derechos diferenciales también para la producción de las provincias de Cuyo y del sud de la de Buenos Aires.

No hay nada que justifique un sistema semejante.

No es argumento decir que hay engordes artificiales en Mendoza y en San Juan.

Ya sabemos que este argumento no es exacto. Esto no importa una manufactura; esto importa cuando más aprovechar el trabajo de las provincias, para engordar los animales. Pero es que en el sud de Buenos Aires se engorda perfectamente el ganado, y se vende en Chile.

Todo esto no puede ser una consideración suficiente para resolver el problema.

Si la industria saladeril en Entre-Ríos se encuentra perjudicada por el 4 por ciento, el señor diputado por Entre-Ríos debiera pedir que se le exonerase de él, tanto más cuanto que el producido que va á dar al Estado, sobre 400,000 cabezas beneficiadas, es una insignificancia, y el Estado podría pasar sin causar perjuicio á una industria que, realmente, merece su protección. Y si el señor diputado lo pidiese, yo le acompañaría.

Pero no le acompañaré en lo que propone, cuando todo nuestro interés está y toda nuestra atención preferente debe prestarse precisamente á que se exporte hacienda en pie, porque es la manera más fácil, más productiva y más económica de hacer producir la industria ganadera.

Sr. Magnasco—Pido inmediatamente la exoneración, si el señor diputado nos saca de la crisis en que estamos. (*Risas.*)

Sr. Molina—Demuestre el señor diputado que el impuesto no alcanzará á ochenta mil pesos y le digo que, si no lo saco de la crisis, por lo menos no lo habré metido más en ella, suprimiendo este impuesto.

Otro argumento que se hacía para sostener este impuesto era éste: que no debía permitirse la exportación de ganado en pie porque iría á servir á la manufactura extranjera.

Pero, señor, con semejante criterio, prohibamos la exportación de la lana, porque va á servir para tejéla en Europa! Prohibámosla arruinando fuentes de producción que valen mucho y que deben merecer muchísima consideración por parte de la cámara.

Sr. Mallea—Pido la palabra.

Es raro, señor presidente, que en el mo-

mento en que se inicia una campaña entre nosotros para establecer un impuesto á la exportación del ganado en pie, en la Banda Oriental se inicia otra con el objeto de establecer un impuesto á su introducción!

Entienden allí defender de esta manera los intereses de la ganadería, que allí como aquí es la industria principal, la única verdadera y permanente fuente de riqueza nacional, como ha dicho el señor que ha dejado la palabra.

A nombre de la comisión, debo manifestar lo que ha ocurrido relativamente á este punto.

Esta cuestión ha sido traída tres ó cuatro veces al seno de la comisión, una vez por algunos de los señores diputados por Entre-ríos, y últimamente por el señor ministro. Pero la comisión se encontró siempre con el mismo inconveniente: la ley sancionada por el honorable congreso en junio de 1883; en la cual, por el artículo primero, exoneró de impuestos la exportación de carnes conservadas por el sistema frigorífico, por el término de diez años, y, por el artículo segundo, exoneró también por el mismo término la exportación de ganado en pie.

¿Cuál es el carácter de esa ley? ¿Es una ley contrato? No, dicen el señor diputado por Santa Fe y el señor diputado por Entre-ríos, que han propuesto el artículo que se discute; es un compromiso.

Tuve yo el honor de presentar ese artículo, y voy á relatar á la cámara los antecedentes relativos á él.

La casa de Drabble hermanos, creo, se presentó al congreso solicitando, por el término de diez años, la exoneración de impuestos á las carnes conservadas por el sistema frigorífico que se exportaran de la República, ofreciendo en cambio establecer una fábrica de gran importancia para hacer su elaboración.

La comisión despachó favorablemente esa solicitud, y cuando se discutió en esta cámara el proyecto respectivo, una vez que se sancionó el artículo primero, tuve yo el honor de proponer el artículo segundo como un medio de proteger la industria ganadera, que, como todos los estadistas argentinos la han considerado siempre, es la industria que debe protegerse con más preferencia, porque forma la fuente principal de nuestra riqueza.

Y tan cierto es esto, y tan lo han comprendido así todos nuestros estadistas y nuestros congresos, que desde que existen impuestos á la exportación solo dos veces se ha gravado con ellos al ganado en pie, la última de las cuales ha sido el año 81, para el año 82. Jamás se ha presentado proposición alguna

Enero 4 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

6ª Sesión extraordinaria.

al congreso,—por lo menos, que se haya discutido,—imponiendo el ganado en pie.

Los señores diputados que han propuesto este impuesto como un medio de defender la industria saladeril de Entreríos, se olvidan que hieren con ello la industria ganadera de las provincias cuyos intereses pretenden representar; industria que vale mucho más que la saladera, porque la primera es vigorosa, llena de vida, mientras que ésta no tiene tal carácter.

La industria saladera produce el tasajo, que es un artículo que dentro de poco tiempo no se ha de consumir.

He visto un informe de una comisión de médicos de la Habana, aconsejando al gobernador y capitán general de aquel territorio que se prohiba el consumo de tasajo porque es inhumano, porque produce muchas enfermedades, porque es un alimento peligroso.

Por consiguiente, esta es una industria que no tiene vida, que no tiene porvenir.

¿Cómo puede comparársela con la industria ganadera, que es todo lo que de riqueza tenemos nosotros?

Un país de inmensa extensión, que llega desde el Atlántico hasta el Chaco y desde el Plata hasta los Andes, si pudiera abrir mercados para sus productos, ¿hasta donde podría desarrollar su riqueza?

Y queremos gravar la industria ganadera ¿para qué, señor presidente? ¿Para quitarle todo el estímulo que debe tener? ¿Para que no pueda extenderse y llevar á Europa sus productos?

De ninguna manera puedo aceptar esta proposición.

En la comisión ha habido distintas opiniones sobre este punto. Algunos de los miembros de ella han opinado que se debía establecer un impuesto en la forma que han propuesto algunos de los señores diputados; pero yo no he aceptado esa proposición, porque, francamente, la considero inconstitucional.

Me parece que la constitución no autoriza á afectar productos de una parte del territorio, librando á sus similares de otras partes.

Creo que no sería consecuente esta proposición con la cláusulas de la constitución nacional.

Como el señor diputado que replicaba al señor diputado por Santa Fe, entiendo que la más natural sería liberar de impuesto á la carne conservada, que es la industria que el señor diputado trata de defender, puesto que el ganado en pie exportado representa un valor de poca importancia.

Según la estadística, los vacunos que se han exportados, el año anterior, han sido

139,637; de manera que este sería el valor, en pesos, que el impuesto produciría. Y el valor oficial del tasajo exportado en ese mismo lapso de tiempo asciende á 6.139,875 pesos, que, al 4 por ciento, daría 249,595 pesos.

Esta medida podría proponer el señor diputado, en defensa de los intereses saladeriles de las provincias; aunque yo no aceptaría tampoco este temperamento, porque sostengo íntegramente el despacho de la comisión, tal como lo ha presentado.

Pero digo que para el cálculo de recursos que se proyecta, no habría una sensible disminución librando del impuesto al tasajo.

De todos modos, señor presidente, tenemos delante de nosotros la ley á que he hecho referencia. ¿Qué vá á hacer el congreso? ¿Vá á establecer aquí un impuesto, dejando subsistente esa ley? ¿Qué significaría una cláusula como la que estamos sancionando, existiendo esa ley?

No tendría valor alguno.

Se me dirá: se puede derogar la otra. Pero ¿cómo se vá á derogar una sanción hecha con el deliberado propósito del congreso de exonerar por un tiempo determinado á una industria? ¿No es ese un compromiso solemne con el cual está empeñada la fé pública de la nación, que ella misma contrajo deliberadamente con los productores ganaderos, diciéndoles: «Os prometo, por el término de diez años, no imponeros en este producto»?

¿Y, merced á esa promesa, no se habrán empeñado ingentes sumas, capitales de importancia?

¿Qué significaría en adelante la palabra de la nación empeñada en una ley? ¿Cuál sería el valor que se le daría cuando se viera una sanción del congreso y del ejecutivo nacional diciendo al pueblo: «Os prometo tal cosa por tal tiempo»?

Se diría: «No tiene valor alguno lo que promete la nación!»

Yo, como representante del pueblo argentino, jamás deprimiría de esa manera la palabra de la nación, expresada en una ley del congreso! (*Muy bien!*)

En cuanto á la actitud que cada miembro de la comisión debe asumir tratándose de esta cuestión, todos han quedado completamente en libertad, sin embargo de que en el despacho de la comisión no se impone al ganado en pie ningún gravamen.

Sr. Pellegrini—Pido la palabra.

Como voy á votar en favor de la proposición del señor diputado por Santa Fe, doctor Centeno, en que establece un impuesto general á la exportación del ganado en pie, voy á fundar ligeramente mi voto.

La razón que hay, á mi modo de ver, para gravar la exportación del ganado en pie, es la misma que hay para gravar la exportación de los productos animales en cualquier forma.

Sería completamente irritante imponer un gravamen sobre la exportación de la lana, grasa, tasajo, sebo, aceite, etc., y libertar completamente la exportación del ganado en pie, que, en resumen, es la misma cosa.

Pero si es irritante, señor presidente, gravar la exportación de los productos animales y no gravar la exportación del animal en pie, también es irritante la forma propuesta por el señor diputado por Entreríos, doctor Magnasco, que quiere hacer una excepción para los animales en pie que se exportan del litoral á ultramar ó ultracordillera.

Yo creo que el impuesto debe ser general: para la exportación de todos los animales en pie, en todos los límites de la República.

El señor ministro estaba conforme con el proyecto del señor diputado por Entreríos, y no decía: La exportación ultracordillera es de animales preparados; estos son producto, hasta cierto punto, de una industria.

Pero si bien es cierto que los animales que se exportan por la cordillera han sido atendidos con cierto cuidado, adquiriendo así un desarrollo superior al que tienen los del litoral, también es cierto que los precios que se paga por esos animales son doble ó triple de los que se obtiene por los engordados á campo en las provincias de Entre-Ríos y de Corrientes.

Luego, no será nunca un gravamen que ciegue esa fuente de recursos, como decía el señor diputado por la capital, el impuesto de un peso por cada animal que se vende en cincuenta ó sesenta pesos.

Así, mi opinión es que debe gravarse á toda la exportación de animales.

Lo mismo sucede con los animales de exportación para ultramar, que, habiendo sido sometidos á ciertos cuidados, tienen un desarrollo superior á los de las provincias de Entreríos y de Corrientes, y, por consiguiente, obtienen un precio muy superior también. Luego, el impuesto no es tan gravoso.

Y si es cierto que todas las industrias del país y el país entero deben hacer en estos momentos un pequeño sacrificio, (y digo pequeño porque el señor diputado por la capital al impugnar este impuesto decía: «Es un impuesto pequeño, que podemos suprimir»,) es necesario que esta industria también contribuya, para que, reuniéndose en las arcas del tesoro todas esas pequeñas sumas, formen la totalidad de lo que se necesita para salvar á la nación.

Por eso he de votar por la proposición del señor diputado por Santa-Fe.

Sr. Gilbert—Pido la palabra.

Hemos discutido extensamente, en la comisión, el punto que nos ocupa, y, no habiendo mayoría respecto al impuesto, no incluimos disposición ninguna en el proyecto. Pero yo, uno de los diputados que estaban contra los derechos de exportación, tuve que declararme en favor del impuesto al ganado en pie, y la razón fué esta: que la industria sufriría dejando de imponer al ganado en pie, porque sería una irregularidad establecer un impuesto al animal que se elabora en el país, y dejar libre de impuesto al que se exporta sin elaboración.

Respecto de la lana, decía el señor diputado por la capital: «¿Debemos también cerrarle la puerta?» Sí, señor presidente; si en la República se confeccionase los tejidos, convendría contener la exportación de la lana, para favorecer la industria del país.

Si efectivamente consiguiésemos trabajar nuestras lanas, convendría evitar la exportación. Habríamos conseguido algo de lo que deseaba el señor diputado por Entreríos, cuando decía: «Sáquenlos de la crisis». La habríamos contenido en un cincuenta por ciento!

Será un deber fomentar esa industria, cuando se elabore la materia prima que tenemos, con nuestros medios, con nuestros habitantes, con nuestros capitales.

Hé ahí la razón que yo tenía para que impusiéramos el impuesto al ganado que se exporta en su estado natural.

Los animales elaborados en el país, las carnes hechas conservas, los huesos hechos cenizas, los cueros hechos suelas, deben salir libres, señor presidente, porque dejan indirectamente su rendimiento en el país, beneficiando al Estado en la forma de rentas provinciales ó municipales en la localidad donde se elaboran; mientras que los animales que se toman en el campo y se exportan, no dejan ningún beneficio.

Sr. Olmedo—Todos tienen razón!

Sr. Gilbert—¿Cómo dice?

¿Me encuentra razón?

Sr. Olmedo—Cómo no!

Sr. Gilbert—Perfectamente.

Pero, señor presidente, hay un punto que, francamente, ha sido simpático al oído del señor diputado por la capital: compromisos en la ley.

Realmente, es muy honorífico cumplir las promesas; pero desgraciadamente, los acontecimientos modifican los propósitos, sin que ello importe ni afectar la honorabilidad nacional, ni afectar la honorabilidad personal.

Y tenemos la prueba. ¿Acaso no hemos sancionado, el otro día, que los bancos y las compañías de seguros no paguen impuestos,

y ahora, pocos días después, se los imponemos?

¿Acaso no hemos resuelto, hace pocos días, que el 50 % de los derechos de aduana se pagase á oro, y ahora resolvemos que sea el todo?

¿Qué es esto? ¿Dónde está la consecuencia de la ley? ¿Dónde está la consecuencia de los poderes públicos? ¿Dónde está esa promesa de garantía para el porvenir?

Ha fallado, señor presidente, porque así lo exige el honor de la nación.

¡Qué fallen los propósitos, pero que se salve el honor nacional!

He dicho.

Sr. Castro—Pido la palabra.

Me encuentro en la misma corriente de ideas con los diputados que se han opuesto á la proposición hecha por el señor diputado por Santa-Fe, y necesito fundar mi voto en tal sentido.

Sr. Olmedo—¿Para qué?

Sr. Castro—Se habla de ley contrato, de ley compromiso, y sin embargo los diputados que tal proposición hacen se presentan más católicos que el Papa, porque piden algo más que el mismo poder ejecutivo.

Los que representamos al pueblo, los que tenemos el deber ineludible de hacer algo por eso que se llama la población, por el pueblo consumidor, que es la totalidad, no hacemos nada que tienda á favorecer sus intereses ni á aliviar la angustiosa situación porque atraviesa, y venimos á decir: «ley-promesa», para establecer por medio de sofismas algo que es inadmisibles á todas luces!

Es sabido, señor, que un contrato produce todos sus efectos jurídicos, y que de la falta de su cumplimiento se deduce acciones sobre indemnización de daños y perjuicios, derecho que no tiene aquel al que se le hace una simple promesa.

Pero yo digo: ¿sufrirá más, moralmente, el honor del congreso por el hecho de que el poder ejecutivo se encuentre acusado por daños y perjuicios, que por el hecho de que se diga: Ha faltado á los compromisos solemnes que ha contraído con los nativos y con los extranjeros que han venido al país, con sus capitales, á fundar industrias poderosas, al amparo de esa promesa consignada en la ley?

No, señor presidente! No es admisible lo que dice el señor diputado por Entre-Ríos, de que pueda derogarse esa ley haciendo lo contrario de lo que establece, de la misma manera que se crea impuestos á las compañías de seguros, que antes no pagaban.

Pero yo desafío al señor diputado por Entre-Ríos á que me diga cuál es la ley que

ha exonerado á las compañías de seguros de pagar impuestos.

De manera que la ley que se trata de derogar estableciendo este impuesto, es una ley especial que tiene por objeto favorecer y fomentar ciertas industrias y salvar los capitales que se han importado bajo la promesa de la ley misma, que insólitamente se derogaría, si se aceptase la proposición que combato.

Sr. Pellegrini—¿Me permite?...

¿Cómo concilia el señor diputado su opinión actual con el proyecto presentado por él mismo, mandando que se disminuya las pensiones y las jubilaciones votadas por el congreso, que también son leyes-contratos?

Sr. Castro—Es poco parlamentaria la actitud del señor diputado; pero quiero ser deferente con él, y contestarle, por lo tanto. Sin embargo, la verdad es que someter á colegas á un interrogatorio, á que absuelvan posiciones, obligándoles á que declaren contra sí mismo, es algo condenado por la constitución (*Risas*), por el derecho penal y, lo que es más, por el sentido común.

Las leyes de pensiones y jubilaciones no son leyes por las cuales la nación se obliga hacia terceros á hacer tal ó cual cosa, ni esas leyes tienen tampoco un tiempo determinado. Las leyes de pensiones son leyes graciables, que puede derogar el congreso de la misma manera que las ha sancionado.

Sr. Centeno—No son graciables.

Sr. Castro—De manera que eso no tiene paridad ninguna con el caso que me ocupa, es decir, de una ley por la cual se ha garantido por diez años, á los extranjeros y á los hijos del país, la exoneración de los derechos que se quiere establecer ahora.

Se quiso atraer el capital extranjero, pero no para engañarlo como se pretende ahora.

Pero, en el fondo de todo esto, de lo que se trata es de favorecer una industria, si tal puede llamarse la industria de los saladeros.

Esa industria es una industria muerta, por su naturaleza, como lo ha demostrado perfectamente el señor diputado por San Juan; y seguir el camino que nos proponemos, es decir, venir á establecer derechos á la exportación de la hacienda en pie, es poner trabas insalvables á una industria que recién principia. Porque la exportación de ganado en pie no es más que un ensayo, hasta ahora, y antes de que este ensayo dé los resultados que se busca, se trata ya de ponerle obstáculos y dificultades, para que ella no se desenvuelva en el tiempo. Esta industria es la que verdaderamente tiene porvenir en nuestro país.

La exportación del ganado en pie repre-

senta una industria también en otro sentido, y en el que ofrece sus ventajas.

¿Green acaso los señores diputados que están por este gravamen, que la hacienda vacuna que se exporta es una hacienda brava y salvaje, que se toma así no más, de una manera inconcebible, y que se embarca y se trasporta?

No! La hacienda vacuna que se exporta es una hacienda engordada y, más que todo, que se amansa dentro de nuestro país, para que esté en condiciones de llegar en buen estado á Europa.

Y ese trabajo de prepararla y de amansarla es lo que da alimento y vida á una porción de personas. El novillo enjuto y bravo se convierte en buey musculoso y manso.

Lo dicho me parece que basta para fundar mi voto en contra de las proposiciones que se hacen; y creo que de esta manera cumpla con mi deber, como diputado, y que no solamente cumpla con ese deber, sino que también interprete el sentimiento público, cual es dejar que esa industria se desenvuelva tal como lo ha querido la constitución y tal como debemos quererla nosotros.

He dicho.

Sr. Presidente—Se va á leer el artículo propuesto.

—Se lee: «Artículo 2º, Por cada animal en pie, un peso moneda nacional.

Sr. Lagos (O.)—No ha sido apoyado, señor presidente.

Sr. Presidente—Ha sido apoyado por varios señores diputados.

Sr. Castro—Han hablado muchísimos señores diputados en favor; así es que me parece que ha sido apoyado.

Sr. Presidente—Por eso es que se va á poner á votación.

Sr. Gilbert—Tenga la bondad de leer, señor secretario, nuevamente el artículo, porque me parece que hay conveniencia en aclararlo.

—Se lee.

Sr. Gilbert—En primer lugar, sería preciso decir: «animal vacuno»; y en segundo lugar, decir: «animal grande», porque un ternero.... (*Risas*).

De modo que hay conveniencia en aclarar eso, porque se exportan haciendas para cría al estado Oriental, se lleva grandes cantidades de vacas con cría, y no es justo que se establezca un impuesto sobre un animal que no representa un valor igual.

De modo que para que la ley sea equita-

tiva, debe decir: «todo animal vacuno mayor». (*Risas*.)

Se llama *mayor* el animal de marca arriba.

Sr. Presidente—¿El señor diputado por Santa Fe acepta la modificación?

Sr. Centeno—Me parece razonable la modificación del señor diputado por Entre Ríos; la puede formular.

Sr. Ministro de hacienda—Pido la palabra.

El poder ejecutivo no pide este impuesto; no lo defiende; lo ha insinuado simplemente por los datos que se le ha proporcionado.

Sr. Centeno—No he oído lo que manifiesta el señor ministro.

Sr. Beracochea—El señor ministro manifiesta que no pide el impuesto al ganado en pie; que ha insinuado los datos que se le habían proporcionado y la cuestión que se presentaba con este motivo, pero que este impuesto no es una petición del poder ejecutivo.

Sr. Mansilla—Pido la palabra.

Es conveniente leer la ley á que se han referido los señores diputados, en virtud de la cual hay una promesa formal de exonerar de derechos al ganado en pie.

—Se lee: «Artículo 1º Será libre de derechos, por el término de diez años, la exportación de carnes frescas y conservadas. Respecto de las últimas regirá esta ley desde 1º de enero de 1884.

«Art 2º Mientras dure la exoneración de impuestos á las carnes frescas y conservadas que establece el artículo anterior, queda también libre de derechos de exportación el ganado en pie que salga fuera de la república.»

Sr. Mansilla—¿Cómo podemos sancionar ese impuesto, en presencia de esta ley?

Julio Simon dice (lo he leído el otro día) que no hay nada más difícil que encontrar en una cámara de diputados un economista; que en el parlamento francés, donde hay setecientos y tantos representantes, había un economista distinguido, el señor Lambert, pero que últimamente lo eligieron senador, y que el parlamento francés quedó sin economista.

Nosotros, por lo que se ve, somos mucho más felices que el parlamento francés! Tenemos muchos economistas.... y la prueba está en que yo estoy tomando parte en una cuestión que se relaciona tan estrechamente con las finanzas del país.

Pero, señor presidente, es curioso ver como, al través del tiempo y del espacio, se

Enero 4 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

6ª Sesión extraordinaria.

produce en la actitud de los hombres contradicciones aparentes!

Yo he aprendido en los libros un poco de la ciencia económica que poseo. Ellos me han enseñado á ser liberal en materia fiscal, y, sin embargo, me encuentro en presencia de circunstancias excepcionales que me obligan á transigir con lo que llamaré mis doctrinas, mis teorías.

Por supuesto, estoy lejísimo de pensar que en este momento está en peligro el honor del país, que nos encontramos en presencia de un monstruo que nos va á devorar de un momento á otro. Todo esto no es más que la sugestión del mal humor nacional.

La gente está irritada, porque hace poco tiempo que ha habido una revolución. Esa revolución pareció que era como la aurora de un nuevo día. Iba á venir otra época, tiempos mejores. Pero como las revoluciones no son panaceas para curar males que el propio país se ha encargado de ir encadenando, resulta que ahora estamos mirando para atrás y que nos encontramos con que aquello era malo, pésimo, desagradable, que vemos que esto no es óptimo, y que deseáramos resolver este problema del porvenir en veinticuatro horas!

¡Es imposible! Aunque viniera aquí el más grande de los economistas, aquél á quien citan todos los que escriben en los papeles públicos, el gran Colbert, no presentaría un plan de finanzas que diera satisfacción á todas las impaciencias!

No podemos, entonces, sino apelar á recursos fiscales pasajeros, bien meditados; lo que es, por decir así, la fórmula en que se ha encerrado el señor ministro de hacienda.

El quiere ir con la sonda en la mano; quiere encontrarse dentro de tres años en una situación solvente, para acercarnos (todavía no se ha dicho eso, pero es conveniente decirlo) para acercarnos á la hora apetecida por todos: á la conversión.

Mientras el país no vuelva al pago en especies, esta crisis ha de durar, y ha de ir tomando cada día caracteres más intensos; para hacer en horas más ó menos lejanas una explosión como la que ya hemos visto.

Nosotros no nos hemos de sustraer á estas leyes que son fatales en los destinos de la humanidad.

Todo esto se sabe; repetirlo es casi ocioso; pero no me he podido sustraer á la necesidad de decir estas pocas palabras, en presencia de una exigencia como aquella con que nos viene el poder ejecutivo.

El poder ejecutivo nos ha pedido lo que estrictamente necesita; ¿para qué vamos á darle más?

La razón que se invoca es la de siempre: el interés particular, el interés de un gremio!

Hay saladeros en las costas de la provincia de Entre Ríos, en las costas de la provincia de Santa Fe, en las costas de la provincia de Corrientes!

Este interés particular viene, con sus números confeccionados perfectamente, á pedirnos, en un momento propicio, que grave-mos la única cosa que deberíamos haber tratado de dejar ilesa, lo que constituye en la tradición de nuestro país y en estos momentos, y lo que ha de constituir en el porvenir la riqueza y la grandeza nacional: la industria ganadera y pastoril.

Me parece que una ley estableciendo derechos diferenciales sería una aberración.

Ya esta palabra, derechos diferenciales, en materia de legislación aduanera, tiene entre nosotros una tradición sumamente antipática, y yo tengo horror á esta tradición.

Los derechos diferenciales dictados por el congreso del Paraná trajeron la guerra de Cepeda y la secuela de desastres que conocemos.

Y estos derechos diferenciales, cuando se trata de países vecinos tan ligados con nosotros con fuertes vínculos, como lo están los que van á ser perjudicados por esta legislación que, en resumidas cuentas, no presenta un aumento para el caudal de la nación, no me parece prudente sancionarlos.

En cuanto á Chile... gravar nuestro ganado vacuno es obligar á los chilenos á pagar la carne más cara. Y á los chilenos, que poco necesitan para no acordarse de una porción de cosas que los pueblos no debieran nunca olvidar ¡para qué vamos á darles este pretexto más!

En cuanto á la Banda Oriental, que elabora nuestros ganados! Si fuese lícito formular un voto en esta forma: Ojalá se acabe cuanto antes el modo de matar ganado vacuno en la forma en que se mata actualmente en los saladeros! yo lo formularía.

El espectáculo de esos saladeros ha contribuido, por un fenómeno psicológico digno de ser estudiado, en proporciones inauditas al desenvolvimiento de la barbarie, en este país.

Necesitamos combatir todos estos ramos de trabajo que en forma primitiva, desagradable, se han apoderado durante mucho tiempo de la imaginación popular para inducir al bajo pueblo á preferirlos á toda otra labor, y necesitamos, hasta por medios que momentáneamente perjudiquen, si se quiere, á estos ramos, fomentar con otros halagos las grandes industrias de la civilización y del progreso moderno, industrias que lleven el

sello del cristianismo moderno, que nos impone no solamente la protección á los hombres, sino hasta la protección á los animales.—(*Muy bien!*)

Yo digo que el día en que no veamos matar bestialmente los toros, á los gritos de las turbas que, casi se puede decir, se entusiasman viendo la sangre humeante; el día en que haya desaparecido de todo el suelo de la república esta industria tradicional, salvaje, y veamos el país invadido por fábricas y usinas donde, con las formas científicas de la industria moderna, se prepare y se elabore los productos de la tierra nativa, nosotros no haremos sino recordar como una calamidad, que ya habrá pasado á ser casi prehistórica, que en el año 1890 hayamos tenido en actividad el saladero primitivo, en honor del cual el señor diputado por Santa Fe, ayudado por el señor diputado por Corrientes, pretende gravar la exportación del ganado, á impulsos, sin duda, de sentimientos que, de su punto de vista, son muy plausibles.

En nombre de la civilización y del porvenir de la industria nacional, yo pido, humildemente abroquelado en los pocos conocimientos adquiridos en los muy pocos libros de economía política que he leído, los cuales, quizá, no han sido de los mejores, que no votemos este impuesto que el poder ejecutivo no nos exige ni la comisión nos aconseja, y que no responde, en resumidas cuentas, sino á la pretensión egoísta de algunos industriales que, por fortuna, han encontrado ecos elocuentísimos, para sostener sus ideas, en dos de nuestros más distinguidos oradores, quienes no solamente son en este momento estrellas de primera magnitud en este parlamento, sino que han de alumbrar hasta en horas más oscuras, con las luces fascinadoras de su espíritu y de su talento, las sombras de un momento más crítico que el actual. He dicho.

Sr. Centeno—Pido la palabra.

Señor presidente: breves son las palabras que voy á pronunciar contestando al señor diputado que acaba de hablar y á nuestro colega por la capital.

Pero empiezo por lo que es más palpitante, por lo que hiere hasta este instante nuestro oído con la vibración de la elocuencia de que generalmente hace gala el señor diputado por la capital, llevando el placer al oído y al corazón del diputado agraciado por su palabra.

El señor diputado ha probado algo más de lo que ha deseado: ha probado que la ciencia económica no solamente se aprende en los pocos libros que él dice haber leído, sino que también se adquiere en el espacio y en el tiempo. (*Risas*).

Declaro que uno de los argumentos que más me ha impresionado es aquél que consiste en pretender que yo he podido aconsejar á la cámara algo que signifique la falta á una promesa, algo que nos coloque en las condiciones de los que hacen uso de una fe púnica, que jamás, por fortuna, ha usado la República Argentina.

Cuando he hablado de la ley que ampara, exceptuándolo por diez años, este producto de nuestra industria que ahora pretendemos gravar, me he referido á lo que, con mucha razón, sostenía el señor diputado por Entreríos: ésta no es una ley-contrato; ésta sería, como alguien la ha calificado, una ley-promesa.

Todas las leyes que acuerdan libertades y beneficios subsisten mientras la voluntad legislativa y las necesidades del país las hacen subsistir. Y así, por ejemplo, tan solemnemente está empeñada la fe de la nación garantizando, por el término de diez años, la subsistencia de esta exención, como está empeñada solemne y majestuosamente la misma fe de la nación exceptuando, tal vez á perpetuidad, como alguien se había hecho la ilusión de pensarlo, la exportación de los productos nacionales.

¿Cuál es la diferencia, señor presidente, entre estas dos situaciones?

La cámara escuchaba impasible la palabra ardiente del señor diputado por la capital, diciendo que era necesario sostener el honor nacional; que era necesario volver sobre los pasos andados; que era necesario mantener la promesa formal y solemne decretada por los altos poderes de la nación; y atribuía á una especie de deshonor el que nosotros, en momentos especiales, bajo circunstancias solemnes, pudiéramos decir: Esta liberalidad que acordamos por nuestra sola voluntad, sin que interviniera la voluntad de los demás, vamos á suspenderla por algún tiempo, porque así lo exigen las necesidades supremas de la nación, de una parte, y las necesidades de la industria del país, por otra.

El señor diputado y los que han votado los derechos de exportación, restableciendo la ley que existía antes, podrían caer también bajo el anatema de indignidad del señor diputado que con tanta ligereza la ha proclamado.

Yo, señor presidente, rechazo en absoluto eso que el señor diputado ha pretendido atribuirme.

De ninguna manera podría aconsejar á la cámara nada que signifique indignidad, nada que signifique salvar las fronteras dentro de las cuales está encerrado el honor de las promesas nacionales.

Enero 4 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

6ª Sesión extraordinaria.

Por eso digo: no hay diferencia entre la situación de la cámara votando el restablecimiento de los derechos de exportación, que por una ley tan solemne como esta aboliría hace algún tiempo, y la posición que asumiría derogando esta otra ley, por tiempo limitado.

De ninguna manera. Las dos son leyes-promesas, no son leyes-contratos; y yo no quisiera decir que las leyes-contratos son aquellas que ligan las voluntades de las partes, que crean derechos en pro ó en contra.

Es una ley-promesa que subsiste por una liberalidad de la nación puramente, que tan aplicable es al caso del impuesto al ganado en pie como al caso de los derechos á la exportación que vamos en este instante á restablecer.

Y no se podría decir que hemos cometido una indignidad y que hemos faltado á una promesa nacional, porque cuando dijimos: «Quedan abolidos los derechos de exportación» hicimos concebir esperanzas á todos los que pudieran dedicarse á la cría de ganado en la República, y ellos se han entregado á la cría fundados en esa promesa; y ahora que han aplicado sus capitales, que se han entregado á una industria contando con que sus productos no serían gravados, les decimos: «Restablecemos los derechos de exportación, que prometimos abolir, por tiempo indeterminado.»

Véase como es inadmisibile el anatema que el señor diputado por la capital fulminaba contra los que han propuesto este proyecto.

El señor diputado por Entre-Ríos, doctor Gilbert, ha explicado perfectamente el objeto de este proyecto. No se trata, en manera alguna, de causar gravamen alguno á la industria nacional: todo lo contrario, se trata de protegerla. Porque es necesario que tengamos en cuenta, en ésta como en las otras leyes que vamos á dictar, que no se trata puramente de que el gobierno nacional obtenga recursos suficientes para salvar nuestras necesidades del momento; es necesario que tengamos en cuenta también, al establecer estos derechos, la población consumidora y la trabajadora del país; es necesario que tengamos en cuenta que si estos saladeros se cierran, que si nuestra hacienda va á ser faenada en otras partes, quedarán millares de brazos sin tener ocupación y sin tener recursos de ninguna especie, y tendrán que dedicarse á otra cosa, cuando en estos momentos se carece del trabajo necesario.

Y, entonces, hacemos acto de protección en favor de los mismos habitantes que el

señor diputado quiere defender de una manera tan inusitada, que quizás puede exclamar: Con defensas de esta naturaleza, voy derecho á la tumba!

Véase como el señor diputado, que calificaba de absurdo este proyecto, precisamente viene á estrellarse contra lo que él mismo propone y contra este hecho: nosotros pretendemos que las industrias saladeriles se sostengan, porque mantienen millares de brazos, millares de familias, porque alrededor de cada industria saladeril se levantan poblaciones y hombres que viven de su trabajo.

Y, si se cierran, si se deja sin ocupación á todos esos hombres, si los peones de nuestros saladeros van á pasar, con todos los incentivos que les ofrecen los saladeros de la República Oriental, á aquel país, quiere decir que habremos atacado, no intereses particulares, sino los intereses de los gremios que debían ser respetados como es respetada la palabra nación.

No creo, en manera alguna, que el señor diputado pueda atribuir los móviles que ha atribuido; y, al tomar la palabra por última vez, he querido levantar este cargo que no podía tolerar, primero porque el señor diputado lo había formulado en una forma tal que era una condenación completa contra los autores de él, y segundo, porque venía del señor general Mansilla, cuya ciencia respeto y cuya experiencia en el tiempo acato.

He dicho.

Sr. Mansilla—Pido la palabra.

Sencillamente para decir á mi honorable colega por la provincia de Santa Fe que yo le he arrojado flores, y que él me ha tirado con otra cosa.

Sr. Centeno—Al contrario!

Sr. Mansilla—Yo no he querido decir lo que el señor diputado ha entendido, ni yo quiero entender lo que el señor diputado ha dicho; primero, porque tengo muchísima consideración personal por él, y, segundo, porque creo que á la cámara le cuadra que no se recoja ciertas insinuaciones.

Voy á probar al señor diputado que la retórica no siempre es útil, y que es mejor que la retórica la atención.

Yo no me he rebelado contra la protección á las industrias nacionales; yo no he dicho que no se debe favorecer al pueblo.

Y si fuera lícito exagerar la afección que tengo al pueblo, tomado así colectivamente,—porque hay algunos que individualmente son muy desagradables,—diría que desearía tener los tesoros de Creso para tirarlos al pueblo á la marchanta.—Yo, al

día siguiente, sería, probablemente por veinticuatro horas, un hombre enormemente popular.

Si el señor diputado hubiera puesto atención, hubiera visto que no me opongo á que se proteja la industria; hubiera visto él, que, creo, ha sido profesor de economía política, que más bien quiero. . .

Sr. Centeno—Todo lo contrario; he reconocido que el señor diputado es un maestro.

Sr. Mansilla—Lo he pretendido. En este país los hombres tenemos que ser todo: militares, diputados, marinos. Adolfo Alsina me propuso el mando de la escuadra. A esta fecha sería almirante!... Sería más antiguo que los Cordero! (*Risas.*)

Ah! señor diputado! si pudiera hacer reír á la República entera, ¡con cuánto acierto legislaríamos y cuántas cuestiones muy espinosas no arreglaríamos en veinticuatro horas!

Dejemos el mal humor! No estamos en momento de legislar con furia. Legislemos con calma, con tranquilidad, puesto que se trata de eso que á todos nos interesa: el pueblo.

El mundo nos ve hasta acertar en el error. Hasta aquí, con crisis y sin crisis, hemos acertado. ¿Acaso el pueblo, la patria, la prosperidad nacional son hoy lo que eran antes?

Y vamos adelante, retrocediendo. Porque estos son retrocesos. Pero es que hay una reacción moral como la hay física, que es igual á la acción.

Nos hemos de sorprender todos, antes de un año. Los pesimistas han de decir:— Hemos sido muy torpes! no empleamos á tiempo nuestro dinero. Porque no sé cuándo se van á contentar estos señores con que las cosas no valgan! Los optimistas se van á sorprender con más razón que los pesimistas.

Para que vea el señor diputado que no tengo absolutamente la idea de no proteger la industria nacional, á la que creo que se debe proteger racionalmente, propongo que en vez de este impuesto que, á mi juicio, es contrario á una promesa formal, no á una ley-contrato, exoneremos al tasajo del derecho de cuatro por ciento.

Sr. Magnasco—El tasajo no tiene casi mercado.

Sr. Mansilla—Nosotros, aquí, podemos hacer todo lo que no es contrario á la constitución ni á las leyes, con el reglamento en la mano.

El señor diputado por San Juan... Supongo que el señor diputado por San Juan entiende de ganados en pie más que el señor diputado por Entreríos. (*Risas.*)

Permítanme, señores! El señor diputado por Santa Fe, que es del país del trigo, entenderá de harinas... (*Risas*) pero de ganados en pie entiende más un sanjuanino ó un mendocino, porque son provincias que viven de esta industria, como lo ha dicho muy bien el señor ministro; de esta industria adelantada que no se conoce en las campañas semibárbaras de la provincia de Buenos Aires (empiezo por casa), de Entreríos y de Corrientes.

¿O van á pretender que hay más civilización en Entreríos y en Corrientes que en las provincias de Cuyo?

¡Sería un colmo!

Sr. Centeno—Hay más vacas.

Sr. Mansilla—Por eso es que son más bárbaras, porque hay más vacas. (*Risas.*)

Yo propongo, para favorecer, del único modo que creo que conviene, la industria ganadera en las provincias de Entreríos y de Corrientes, y en la parte que le toca á Santa Fe, que es poquísima...

Sr. Centeno—Si no la conoce!

Sr. Mansilla—Viene á ser como una reserva de las exigencias de Entreríos y de Corrientes.

Al fin y al cabo, es bien poco lo que esta industria produce, en la provincia de Santa Fe.

Sr. Centeno—No conoce el señor diputado los saladeros de la provincia de Santa Fe.

Sr. Mansilla—Siga el señor diputado que me interrumpe; voy á ver si dice algo.

Sr. Centeno—Perdóneme el señor diputado; no le voy á interrumpir más.

Sr. Mansilla—Bien, señor presidente; he contestado, satisfactoriamente, me parece al señor diputado, y le he probado que no quiero gravar ninguna industria, que no quiero perjudicar la del tasajo en lo más mínimo, sino que quiero que le llueva al pueblo maná todos los días... una vez cada 24 horas, un rato no más, porque si le llueve todo el día se va á acostumbrar á ser muy haragán. (*Risas.*)

Yo propongo, como una fórmula que concilie las exigencias, muy atendibles, por otra parte, de estas industrias, la exoneración del 4 por ciento al tasajo.

En este caso, tendremos lo que parece ser el *desideratum* de todo el mundo: que no sancionaremos una ley que, al fin y al cabo, tiene algo de antipática.

Sr. Balestra—Pido la palabra.

Como hijo de una de aquellas provincias que tiene tanta barbarie como vacas, según la expresión bizarra del señor diputado por la provincia de Buenos Aires, provincia que sería la más bárbara porque es la que más

Enero 4 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

6ª Sesión extraordinaria.

vacas tiene, á pesar de lo cual es la más civilizada...

Sr. Mansilla—Perdóneme.

Yo sé que el señor diputado quiere aprovechar una coyuntura, y me felicito de ello.

He empezado por Buenos Aires, porque tiene muchas vacas. Es decir, he empezado por la provincia de donde tuve no sé si la suerte ó la desgracia de nacer, porque todavía no se sabe si es un bien ó un mal existir.

De manera que el discurso del señor diputado debía principiarse por Buenos Aires.

Fulmineme no más como hijo de las provincias....

Sr. Balestra—Mal me vendría tomar el papel de viejo que reprende al hijo, tratándose del señor diputado, cuya edad no es la de los jóvenes sujetos á reprensiones.

Tengo muchos menos años que el señor diputado, y no he recordado las palabras con que el señor diputado comprendía á varias provincias, y entre ellas á la de mi nacimiento, en un llamado excesivamente fuerte, sino para protestar contra esa verba que, á fuerza de humorística, llega al extremo de arrojar á cualquier provincia que sea el calificativo de bárbara, que ni merece, ni es digno de sus representantes atribuirle, sin insultarse ellos mismos, que figuran en este cuerpo por su voluntad.

Sr. Mansilla—(Levantándose): Ellas me perdonarán!

Sr. Balestra—Dios lo quiera.... Y el diablo también! (*Risas*).

Bien, á pesar de esta divergencia de ideas con el señor diputado respecto de este punto bastante desagradable, estoy enteramente de acuerdo con la indicación que acaba de hacer; y como la ha hecho demasiado brevemente, quiero entrar un poco más al fondo de la cuestión.

Nos encontramos, señor presidente, tratando un asunto que, bajo una forma relativamente transitoria, envuelve la cuestión capital de la fortuna argentina: nos encontramos tratando nada menos que de la ganadería.

La primera vez que conocí el papel monedero, recuerdo que viniendo de alguna de aquellas provincias en que se usaba el disco de cuatro bolivianos, lo conocí en billetes que tenían grabado una oveja criolla, que era el verdadero oro y la verdadera promesa de conversión de nuestro papel. Lo era entonces y lo es más en estos momentos de tristeza del honor nacional, en que debemos esperar sacar de esa fuente de recursos los elementos necesarios para salvarlo.

Bien, señor; tocar esta industria, gravarla en estos momentos, parecería un recurso

que pudieran aconsejar las circunstancias; pero gravarla equitativamente, sin establecer derechos diferenciales, sin tocar las susceptibilidades que levanta una ley anterior.

¿Qué sucederá, entre tanto, si ponemos derechos á la exportación de los productos animales y no los ponemos á la exportación de ganado en pie?

Resultará que en la costa oriental se levantarán fábricas que, faenando nuestros animales, podrán exportar los mismos productos de nuestros saladeros sin pagar derecho alguno.

¿Y será lógico, será lícito que destruyamos así nuestra industria saladeril?

La compasión que demostraba el señor diputado por la muerte del ganado, que, suponía, se toma en medio del campo y se le acosa á puñaladas, es algo que vendría muy bien en un discurso ante la Sociedad protectora de animales. Pero en nuestros saladeros modernos no se mata de esta manera, sino por medios perfeccionados, con ayuda de los cuales se ha dado salida á la enorme cantidad de hacienda con que cuenta el país.

Estos son, pues, argumentos que no tienen ningún carácter económico serio, y que no debemos tomar en consideración cuando nos ocupamos de estas cuestiones con la madurez con que debemos tratarlas.

La industria saladerista existe en grande escala en el litoral. Remontando el río Paraná, se ven enormes saladeros cuyas chimeneas están continuamente arrojando humo, en los cuales se elabora los productos que han de salir al extranjero.

Estos establecimientos forman verdaderos pueblos. Hay uno, en el cual he descendido en el último viaje que he hecho, que es un verdadero pueblo, con centenares de obreros que viven de esa industria.

Son estos saladeros los que hacen vivir á las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, favoreciendo la industria ganadera, que no tendría salida de otra manera.

¿Vamos á darles el golpe de muerte, vamos á dar 4 por ciento de preferencia á los saladeros que se establezcan al otro lado del río Uruguay?

Es absolutamente imposible.

Sino podemos, pues, poner derechos de exportación al ganado en pie, porque sería un derecho diferencial, quitemos los derechos al tasajo, para que las elaboraciones de Entre Ríos puedan salir tan libres como las de los saladeros orientales.

Pero no es solamente el tasajo lo que se saca del animal.

Observo que la exportación del tasajo es fácil; su acondicionamiento es sencillo,

mientras que el del ganado en pie es caro, porque se necesita más espacio y mayor cuidado para que el animal vaya con comodidad y no enflaquezca en el camino.

De manera que el exceso de gastos en la exportación de ganado en pie vendría á estar compensado, si se librara de impuestos al tasajo, gravando la cerda, los cueros, etc.

Creo, pues, que se puede conciliar todo. Y no pudiendo optar por el temperamento de imponer á todo, optemos por el de no imponer una cosa en perjuicio de otra: exoneremos de impuesto al tasajo y dejemos en las mismas condiciones al ganado en pie. Así favoreceremos la industria ganadera.

Sr. Centeno—Pido la palabra.

He tomado la palabra con el objeto de manifestar que cualquiera de esas soluciones que se adopte será favorable á la industria saladeril de la república.

Como el señor diputado por Entre-Ríos y como el señor diputado por la capital, opino que, fuera de las razones dadas para sostener que no habría falta de cumplimiento á las promesas de una ley, existe esta otra: á nombre de una suprema necesidad, demos esta ley.

Es una necesidad de orden público el equilibrio de nuestras finanzas, el restablecimiento de nuestro crédito en toda la extensión que abrazan los proyectos.

Y se sabe que si bien es cierto que existe una ley en razón de la cual podría creerse que hay derechos adquiridos en favor de tales ó cuales personas, no hay tales derechos adquiridos contra una ley de orden público. Y este carácter tiene el proyecto presentado por el diputado que habla.

Pero, por mi parte, como por todos los caminos se va á Roma, yo aceptaría la proposición del señor diputado por la capital, que entiendo que también aceptan algunos miembros de la comisión: es decir, la exoneración de derechos al tasajo que se exparte.

Si alguno de los señores de la comisión tuviera alguna fórmula proyectada, yo no tendría inconveniente en apoyarla, retirando mi moción.

Sr. Molina—Pido la palabra.

La pido solamente para rectificar algunos conceptos que me ha atribuido al señor diputado por Santa-Fe, porque deseo que no quede mal impresionado.

Yo no le atribuyo, absolutamente, el móvil de proponer á la cámara algo que sea indigno; lo que he dicho es que está empeñada la fe pública de la nación..... Según mi criterio; así lo entiendo yo.

Hecha esta salvedad, diré que me parece que esta discusión puede tener un término

con la simple supresión de la palabra *tasajo*, en el artículo en discusión.

Sr. Centeno — Por mi parte, no tengo inconveniente.

Sr. Gilbert—Pido la palabra.

Manifesté antes que yo había aceptado este impuesto como una necesidad industrial y como una medida equitativa para favorecer esta clase de productos nacionales. Si se propone la exoneración del tasajo, nos aproximamos á la equidad colocando en igualdad de condiciones, respecto al impuesto, el animal que se exporta elaborado y el que va sin elaborar.

Declaro que no hago esta indicación como miembro de la comisión, sino como diputado que no está conforme en ciertos detalles, en cuanto á la moción en debate.

Sr. Beracocha—Yo observo, señor presidente, que esta discusión no lleva un giro regular.

El artículo primero del proyecto que ha presentado la comisión ha sido votado, y luego ha venido al debate un artículo propuesto por el señor diputado por Santa-Fe, y reiterado por el señor diputado por Entre-Ríos con algunas modificaciones, como un artículo nuevo.

Ahora se pide que se exonere al tasajo del impuesto. Este es un punto ya votado. Debería empezarse por hacer moción de reconsideración, y, apoyada suficientemente, en la forma que determina el reglamento, entonces entraría al debate y sería el caso de dar las razones por las cuales la comisión en mayoría, no obstante lo que acaba de manifestar uno de sus miembros, no va á aceptar dicha proposición.

Como se ha dicho ya, señor presidente, y voy á repetirlo, en la comisión este asunto del impuesto al ganado en pie ha sido materia de largos debates. Yo tuve el honor de solicitar de mis colegas, tres veces, la reconsideración del artículo que había sido ya votado, es decir, de dejar sin impuesto al ganado; las tres veces fui derrotado, por razones que, si bien no me convencieron, respeto; y contraí el compromiso de venir á la cámara á votar por el despacho de la comisión.

Bien; yo considero que algunas de las razones que han dado los que proponen que se grave el ganado en pie, ya sea en su totalidad, ya sea el que no se exparte cabos á fuera ó ultra cordillera, serían de tenerse en cuenta, y yo casi las apoyaría, si no militara una razón de la cual en estos momentos acabo de tener conocimiento, y que viene á quitar á esta pretensión toda razón de existencia, todo motivo que la justifique.

La única razón que se aducía es ésta: si se impone á los productos del ganado beneficiado en nuestros saladeros, es muy natural que todos los ganaderos han de llevar sus animales adonde no se les imponga; si no se impone la exportación del ganado en pie, toda la provincia de Entre-Ríos y parte de la provincia de Corrientes irán al Estado Oriental, para beneficiar sus ganados y exportarlos.

Pero, es que, señor presidente, en la República Oriental del Uruguay está gravada la exportación....

Sr. Magnasco—Es proyecto.

Sr. Beracochea—No señor, ya es ley.

Y estando gravada la exportación, en la República Oriental, desaparece la razón dada en favor de esa idea.

Sr. Pellegrini—Pero queda subsistente la razón de que los animales deben pagar impuestos, ya sean exportados en pie ó en pedazos.

Sr. Beracochea—¿Por qué?

Sr. Pellegrini—Por la igualdad del impuesto. Hay dos razones.

Sr. Beracochea—Es raro que en una discusión como esta se venga con palabras más propias para que resuenen en la lira de un poeta que bajo la bóveda de este recinto!

¿Por qué, á nombre de esa igualdad tan decantada, no trae el señor diputado al radio de los impuestos las carnes conservadas por el sistema frigorífico?

Sr. Pellegrini—Porque esa es una industria que recién nace.

Sr. Beracochea—Sí; por tales y cuales y por las otras razones!

Sr. Pellegrini—Se la doy.

Sr. Beracochea—No venga con la igualdad del impuesto á hacer argumentos!

Sr. Pellegrini—La industria ganadera es antigua y está floreciente.

Sr. Beracochea—En resumen: creo que falta base á la pretensión de los señores diputados por Santa Fe y por Entre-Ríos. Creo que este debate ha llevado una forma irregular y que debe regularizarse.

Y la comisión, en mayoría, en caso de ser apoyada la moción para que se exima de impuesto á la carne tasajo, votará en contra.

Es cuanto tengo que decir.

Sr. Magnasco—La razón fundamental que ha expuesto el señor diputado, doctor Beracochea, para rectificar los fundamentos con que yo creí conveniente fundar mi moción, no me parece concluyente.

Hay, como lo dice el señor diputado por la capital, doctor Pellegrini, una razón de otro orden, y es la de la igualdad, palabra

que será, como lo quiere el señor diputado por la capital, doctor Beracochea, digna de figurar en un poema, pero que nosotros debemos respetar, porque es un principio constitucional.

Yo no sé si hay otras materias ó efectos que son impondibles.

Sr. Beracochea—En ninguna parte de la constitución se emplea la palabra *igualdad*.

Sr. Centeno—Sí, señor; se emplea, porque es la base del impuesto.

Sr. Magnasco—Hay dos artículos que tratan de esta materia.

El artículo 4º y el artículo 67, inciso 1º, emplean la palabra *igualdad*.

Sr. Beracochea—Respecto de este impuesto que estamos discutiendo, se dice: *equitativa y proporcionalmente*.

Sr. Magnasco—En la constitución hay un artículo que habla de la igualdad de las cargas públicas.

Yo, señor presidente, tengo que defender los intereses de mi provincia, que son los intereses de la nación en este caso, porque están apoyados en un principio de la constitución nacional.

El capital invertido en los saladeros de la provincia de Entre-Ríos asciende nada ménos que á doce millones de pesos.

¿Cómo, yo, representante de esa provincia; cómo el pueblo que me ha hecho el honor de mandarme aquí á representarla...

Sr. Castro—El señor diputado representa al pueblo, no á la provincia.

Sr. Magnasco—Represento al pueblo de la nación, y especialmente al pueblo de mi provincia.

Sr. Castro—No, señor.

Sr. Presidente—El señor diputado no puede ser interrumpido.

Sr. Magnasco—No me molestan, señor presidente, las interrupciones.

Sr. Presidente—Pero son contrarias al reglamento.

Sr. Magnasco—Eso es otra cosa!

Como decía, cuando el capital invertido en los saladeros de la provincia de Entre-Ríos representa doce millones de pesos, ¿cómo ese cúmulo de trabajo, todo lo que se ha hecho para instalar dieciséis saladeros que faenan cuatrocientos mil animales al año,—cómo, digo, todo eso puede ser abandonado y olvidado por nosotros?

La cuestión, en sus términos más sencillos, es esta: los saladeros están gravados, la exportación del ganado en pie no está gravada; ¿hay igualdad en esto?

No! Hay un desequilibrio notorio, un desequilibrio hiriente, injusto, que yo, especialmente, estoy en el deber de señalar á la

cámara, y que la cámara está en el deber constitucional de reparar.

La desigualdad es evidente: uno gravado, otro exonerado.

Yo pido, en nombre del interés del país, en nombre de la provincia que represento y en nombre del principio constitucional comprometido, que se grave el ganado en pie con el derecho de cuatro por ciento.

Si la proposición del señor diputado por Santa Fe fuera rechazada, solicito de la cámara que se sirva tomar en consideración la mía.

Sr. Centeno—Yo he retirado mi moción.

Sr. Presidente—Lo que corresponde entonces, según el reglamento, es que el señor diputado por Santa Fe pida permiso para retirar el artículo que propuso.

Sr. Centeno—Lo solicito de la cámara.

—Se vota si se autoriza al señor diputado Centeno para retirar el artículo que propuso, y resulta afirmativa.

Sr. Presidente—Se va á votar ahora si se reconsidera el artículo.

Sr. Magnasco—Lo que corresponde ahora, es que se vote el artículo que he propuesto.

Sr. Mansilla—Eso es, si ha sido apoyado.

Nunca falta algún amigo que apoye...

Sr. Presidente—¿Alguien lo apoyó?...

Sr. Centeno—Apoyado.

Sr. Presidente—No está suficientemente apoyado.

Sr. Mansilla—Yo voy á votar en contra del artículo que ha propuesto el señor diputado; pero, para salir del paso, lo apoyo.

Varios señores diputados—Apoyado.

Sr. Presidente—Está en discusión.

—Se vota la redacción propuesta por el señor diputado Magnasco, y es rechazada, contra tres votos.

Sr. Molina—Pido la palabra.

Hago moción de reconsideración respecto del artículo 2º, á objeto de exonerar del derecho al tasajo; y pido el apoyo de mis honorables colegas.

Sr. Presidente—Se necesita que dos terceras partes de los presentes apoyen la indicación que se acaba de formular.

—Apoyan la indicación ocho señores diputados.

Sr. Secretario Frias—No está suficientemente apoyada.

Sr. Presidente—Se va á votar ahora el artículo 2º en los términos en que la comisión lo propone.

—Se vota y es aprobado.

—El artículo 3º es de forma.

Sr. Presidente—Invito á la cámara pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo las 6 y 10 p m